

y sus claros recuerdos felices, en el inmenso placer de desarrollar sus pensamientos, de abandonarse y perderse en entremezclados ritmos, sonoros, alegres ó melancólicos, en que palpitaba su corazón entero, su muerta dicha, sus recuerdos de locura, sus pesares, su presente, hecho de punzante angustia y, en los momentos de entusiasmo musical, de calma serena.

X

Desde el fondo de una galería, en el rumor de las conversaciones de butaca á butaca, Juan Dayel escuchaba, tratando de coger alguna frase que se refiriese á sus pensamientos, las apreciaciones de los espectadores sobre Roberto Antoc, los presagios de éxito, y la seguridad que daban algunos de un ruidoso fracaso.

Circulaban anécdotas, claro está, en que andaba envuelto su nombre, historias cómicas ó galantes, relatos sobre las anteriores calaveradas del poeta. Admiradores de Antoc proclamaban el encanto que producía en los oídos la música de sus rimas, la vistosidad de sus epítetos sonoros. Otros se chanceaban hablando de su edad impropia ya para los vicios; unos pocos le censuraban abiertamente por su fuga amorosa, y empezaban á derribar el ídolo cuyo vacío sentían á través del oropel de su brillante palabrería.

De todo esto, Dayel no percibía más que un zumbido vago, del que se destacaba, á su atento oído, la palabra sintética de la obra y del poeta al mismo tiempo, el nombre propio del autor como un estribillo al coro de alabanzas y de críticas: « ¡Antoc..... Antoc..... Antoc! » *La Waina*, sin música, iba á estrenarse, y con tal motivo, el Odeón estaba de fiesta.

Quizás aquella obra esperada, el escándalo dado por Roberto Antoc, el ruido hecho á su alrededor por esta razón, el enternecimiento de París al saber la vuelta al hogar del hijo pródigo, el perdón de la esposa y la reintegración del poeta en su papel de padre, quizás toda aquella bisutería sentimental iba, aparte la sonoridad de los versos, á sacar del marasmo al segundo Teatro-Francés, á hacer revivir las hermosas épocas de fiebre teatral en el país latino.

La sala se hallaba poblada de elegancias; estaban todos aquellos que « no pierden un estreno »; en las lunetas, gente joven, estudiantes ávidos de frases hermosas, felices de asistir á aquella solemnidad artística. De entre ellos había salido el privilegiado poeta; y ahora, que se había convertido en burgués con caprichos de bohemio, ellos seguían admirándolo, por las leyendas que evocaba su nombre, su tez de bárbaro cobrizo, su barba partida y sus ojos de oriental.

Dayel había venido, sin poderlo resistir, obedeciendo á una fuerza inconsciente que actuaba dentro de él. Algo de su personalidad había quedado unido á aquel título *La Waina*, á aquella obra que había amado tanto, cuanto le había añadido de personal esfuerzo; en aquel tiempo en que trabajaba para traducir en ritmos su pensamiento unido al del poeta; en que, en un apasionado arranque de su alma de artista, encarnaba en sí mismo y daba forma precisa, según la belleza que concebía, á aquellos héroes que él hacía suyos, tanto, por lo menos, cuanto podían serlo de su primitivo creador, el poeta.

Quizás también, sin que él osase confesárselo, había Dayel esperado ver, una vez más, oculta como él y procurando no descubrir su sufrimiento, á su adorada de otros tiempos, á Marta. Decíase, por más que quisiera desechar lo importuno de la idea, que acaso ella vendría; y sus almas, libres de la fascinación que habían causado en ellas los fuegos de artificio del amigo traidor, decepcionados ambos, escucharían al mismo tiempo resumirse, á través del barullo de elogios y censuras, en las dos sílabas sonoras que pintaban toda la personalidad del prestigioso ilusionista, el verdadero veredicto: « ¡ Antoc!... ¡ En toc! (1)! »

(1) Frase que significa « falso ».

Al caer el telón del tercer acto, después de una tirada de versos llenos de color y de caprichoso ritmo, cortados por imprevistas rimas hábilmente combinadas, el público se había pronunciado. Entusiastas gritos habían acogido ciertos pasajes, centenares de manos habían batido aplausos. Una vez más el oropel había seducido á los espectadores; tanto chispeaba la pedrería reunida, que no se buscaban las faltas ni se percibía la montura, tan armonioso era el conjunto. Satisfecho el oído, la armonía no llegaba al alma, sino que la engañaba con una emoción indefinida, del modo que impresionaba una música endiablada de bohemios, en la cual no es posible discernir ningún sentimiento preciso. Y aquello, era, sin embargo, la señal de un verdadero talento.

Bajado el telón, todas las miradas se habían dirigido, sin que se supiera por qué, si por curiosidad, por simple admiración ó fascinadas, al palco presidencial, en que aparecía el jefe del Estado, rodeado de uniformes en cuyos cordones y charreteras encendían las lámparas eléctricas dorados destellos. Un poco delante de él, rígida en su armadura de seda, erguía madame Felix Faure su busto fuerte y cuadrado y su azulado rostro, apareada con la elevada silueta y el agudo perfil de su hija.

Faltaba todavía un acto.

En el esplendor de las decoraciones, ya lumino-

sas, ya sombrías, se iban desarrollando las pericias del drama; los actores proclamaban las fabulosas glorias de las leyendas hindus, seguidos, en sus menores gestos, por los ojos emocionados de la sala.

Dayel, fuera de sí al oír la versificada canción, palpitaba de horrible emoción pensando como él, sin la crueldad de los seres y de los acontecimientos, sin la desesperante fatalidad de odiosas debilidades y de secretas mezquindades é hipocresías, habría podido tener su parte en el triunfo, para atribuir á su amada, que seguiría siendo la santa nimbada de amor, el mérito y la alegría. Se encolerizaba al pensar en la belleza exterior manifestada por la obra del poeta, contra su propia é involuntaria emoción al escuchar las seductoras rimas, que contrastaban con aquella alma de vil titiritero, mentirosa y luchadora por la misma mentira que ella se creaba.

El cuarto acto terminó entre atronadoras y reiteradas salvas de aplausos, que ahogaban el nombre del autor, aclamado por mil bocas. La oleada humana, sin embargo, empezaba á levantarse, cuando se produjo en los corredores un remolino de gente, que hizo volver á los que se habían apresurado á partir para evitar los grandes apretones de la salida.

Un rumor corrió de boca en boca: el Presidente

ha llamado al autor y á los principales artistas, para felicitarlos.

Dayel había ganado, por casualidad, un lugar próximo al palco abierto del jefe del Estado, y no pudiendo evadirse, permaneció allí, inmóvil, viendo moverse las personas, entre las rojas colgaduras y los reflejos de los recamados uniformes.

Madame Felix Faure y mademoiselle Lucie Faure, la Delfina, se vuelven ligeramente; entre ellas se mantiene un jefe del ejército, ya de edad, muy moreno, á pesar de los plateados hilos de su cabeza, altos y tiesos los bigotes, grises y vagos los ojos, rojiza la aquilina nariz, el porte rudo, á pesar de un verdadero deseo de parecer amable. Un general cuyo blanco bigote cae en pesadas comas sobre una boca de anchos labios joviales, y un elegante joven, teniente de húsares, expresan por sus afectados ademanes, obsequiosos dentro de la corrección, un cortesano respeto. El Presidente de la República, en traje de sociedad, blanco el chaleco, blancos los guantes, protegida su cansada vista por un monóculo, resignado al parecer en su majestuosa obligación, hincha su cuello, buscando un continente digno de su posición, ante las miradas del público.

Se oye un murmullo, y un cortejo se encamina por los pasillos al palco oficial. Roberto Antoc, deslumbrante su blanca pechera, siempre soberbio y como afectando ahogarse en la estrechura del

traje moderno, se adelanta, dando el brazo á una mujer radiante, una de sus intérpretes. Tras él vienen el director del teatro, y, por parejas, los pensionistas, cómicos y comediantas graves y dignos, conscientes de la solemnidad de aquella presentación, recordando en su empaque el desfile de una boda burguesa para la que cada individuo hubiera recibido, antes de la fiesta, lecciones de un maestro de baile.

La entrevista es breve y cordial. El Presidente, poniendo familiarmente la mano en el hombro de Antoc le felicita con la real benevolencia de un soberano popular; luego llega el turno á los demás. Cada uno recibe una frase cariñosa, una felicitación ligeramente impregnada de desdén. « El Rey cumplimenta á los caballeros y damas de la comedia, » murmura la voz aspera de Verdet, el pintor mordaz.

Juan Dayel no había perdido ningún detalle de la escena; sin poder desviar los ojos, había visto todo el cuadro, una litografía de suplemento popular, hecha sobre la composición artificiosa de una fotografía en colores. Y vió toda la ironía de la vida moderna, el papel que, aparte otras causas, desempeñan en la fama y en la gloria, la parada y la intriga, la ausencia en ello del valor moral, despreciado, echado á un lado, como un estorbo.

Y en su alma renacieron todas las amarguras y

todas las penas causadas por aquel triunfador, aquel saltimbanqui domador de muchedumbres; y se evocaron todos los cuadros de su felicidad por siempre perdida; la indignancia de Marta.

Roberto Antoc vuelve á tomar su puesto á la cabeza del desfile, dando el brazo á la radiante actriz. Dayel ve venir hacia su persona el atezado rostro del bárbaro, y siente la quemadura de sus ojos de oriente; y, de súbito, una suprema cólera le invade, amasada con todos sus rencores, con todos sus sufrimientos reunidos, con su odio súbitamente desencadenado en una repentina reaparición de la locura.

Él, el vencedor, no ve nada, hinchado de orgullo, rebosante de gloria. Sigue altanero, sin mirar siquiera á la gente que le rodea, embargado por la conciencia de su celebridad, entre la admiración por él provocada, pedestal de su soberbia.

Y Juan Dayel, en pie, cambiando de color, oprimido en la masa de espectadores, entre las vistas *toilettes* de las mujeres, escarchadas de pedrería, pierde el sentimiento de la realidad, presa repentinamente de una pesadilla extraña, imperiosa.

Antes que pueda nadie notar el movimiento, él, el torturado de amor, el bondadoso y dulce marido, cuyas fibras todas vibran al penoso recuerdo de su amada, que el otro le robó, levanta su brazo armado de un revólver; dos detonaciones suenan en

el silencio de un segundo trágico, rasgado por un grito estridente y profundo, un alarido de fiera herida de muerte; después el ruido de una caída, un golpe sordo. En medio del corredor yace el gran cuerpo del atleta, del moreno bárbaro, boca arriba, exánime.

Los orientales ojos revélvense, entornnados, bajo las negras pestañas, y la boca se entreabre en un rictus en que el orgullo se enlaza á la última expresión de dolor. De la frente, hacia la sien derecha, fluye un hilillo rojo, que anega su púrpura en la púrpura de la alfombra; sobre la blanca pechera rutilan rojos rubíes...

Fué un momento de pánico; el público, en oleadas, se empujaba para ver. Luego el reflujó, los guardias rechazando á los curiosos, de un modo casi brutal, á pesar de las violentas protestas, de los gritos de las mujeres, atemorizadas. Dayel veía, oía todo aquello, en el sueño que soñaba despierto; el espantado correr de las acomodadoras por los pasillos, el presuroso acudir de los empleados del teatro; los veía llevarse al escenario el cadáver, ya rígido, inerte.

Por un raro desdoblamiento de sí mismo, Dayel seguía, en su alucinación, á la muchedumbre, mezclado á ella, oyendo las opiniones emitidas

sobre el final del drama, de aquel drama, al que él, Dayel, había de golpe dado desenlace. Su nombre salía de las bocas frente al de aquel otro que le había deshecho la vida : « ¡Dayel ! ¡ Antoc ! »

Juan reflexionaba : había matado, sin remordimiento, instintivamente, á pesar de su natural bondad. Era ya demasiado volverle á ver así, á aquel ladrón, aclamado, aplaudido por todos. ¡ Ladrón ! ¿ Lo era acaso menos que los que roban, de noche, dinero ó alhajas ? ¡ Le había robado á Marta ; la joya de su vida ! Y esto nada, ni para ella, ni para él, ni para su hija, podía repararlo. Por esto había obrado, matado ; y había obrado bien.

El gentío se retiraba hacia las salidas, y él, continuando su sueño, creía oír en sus oídos el murmullo de los comentarios. En la escalera se hacían apreciaciones sobre el crimen ; el nombre del asesino, el suyo, Dayel, corría de boca en boca, matizado por todas las demostraciones de piedad, hasta de aprobación, en un súbito arranque del alma colectiva :

— Está loco, decía una voz. Todo se paga al fin.

— ¡ El otro ! ¡ Bah ! Un soberano crápula.

— Es verdad ; ¡ ya era demasiado ! ¿ Quién no hubiera hecho lo mismo en su lugar ?

— Era insoportable aquel espectáculo para él.

— Yo le he visto, cuando se lo llevaban, decía una voz argentina, en un grupo, entre dos columnas de

la galería. Es rubio con grandes ojos azules, ojos de ensueño. No puede ser malo.

Dayel, con su imaginación vengadora, permanecía apoyado en una de las columnas laterales, viendo pasar la barahunda de espectadores y espectadoras. Los grupos se iluminaban un instante, al atravesar el espacio de descolorida claridad en que irradiaba el cordón de lámparas eléctricas. Pasaban mujeres radiantes de belleza, arrebuadas en sedosas pieles y crujientes ropajes claros ; en sus peinados, en sus cuellos y en sus manos, brillaban, en multicolor centelleo, las joyas, como lujosa llamarada de riqueza y alegría. Vió salir, á la cabeza de su escolta, al Presidente de la República, á su mujer y á su hija ; brillaron á sus ojos los dorados de los uniformes. Personas conocidas en política, artes, letras y finanzas, todas las vanidades y todos los brillantes vicios aceptados, iban desfilando.

Palabras *reales* hirieron de improviso los oídos del músico, risas, todo un barullo que le arrancó brutalmente á la alucinación del crimen. Él había obrado, matado al bandido, pero *en la fantasía nada más*. Aquel crimen no se había cometido, felizmente, sino en su cerebro, débil aún y aún dolorido.

Vuelto en sí, alzó la espalda, preguntándose un

instante, con la anhelante inquietud de las interiores interrogaciones sinceras, si no se hallaba todavía en camino de la pasada locura.

El fresco de la noche, cuando estuvo en la calle, le serenó y le hizo de nuevo dueño de sí. Se encogió de hombros, se irguió, y miró á los espectadores, que ganaban apresurados los coches particulares y los simones. Entre ellos iban parejas que parecían felices. Nada había cambiado en torno de él: todos y todo vivían como antes, y él en el gran torbellino no era más que un átomo arrastrado en el engranaje de la vida parisiense.

En aquella muchedumbre, cada cual tenía sus graves preocupaciones; bajo máscaras de indiferencia ó de sonrisa, pasaban buen cuento de ignorados pesares, de imperiosas zozobras, de insuspectas ambiciones; hasta impulsos, ó quizás remordimientos, de crímenes, asaltaban á toda aquella gente; sin que nada acusara en los rostros el interior tormento. Entre todos componían una monstruosa confusión de sentimientos, de sensaciones, de penas, de alegrías, de indiferencias y de escepticismos; como en un río se mezclan el agua clara, el casquijo, el légamo, las bellas algas y las flores acuáticas, para no formar, entre todo, sino una onda, que pasa: la Vida.

Roberto Antoc salía, rodeado de amigos; algunos compañeros le felicitaban calurosamente, y le escol-

taban como tomando parte en su triunfo. Dayel oyó el metal de su voz, que acogía los elogios. Luego, el canalla pasó, bajó las escaleras con aire triunfal; y muchos, que le condenaban por su crimen de amor, le hallaban tanto más culpable y odioso, cuanto que no había sido castigado.

Uno á uno, cupés particulares y simones, se detenían al pie de la escalera, y se repartían y llevaban á los espectadores: sus faroles salpicaban la oscuridad de puntos luminosos, á través de las negras calles del antiguo y silencioso barrio, en dirección al París nocturno de las hermosas noches de invierno, despreocupado y bullicioso. Todos, disipada su momentánea emoción ante los mil cuidados de la existencia, ante las reales penas y alegrías, se iban.

Á la una de la mañana, por las calles casi desiertas, Juan Dayel seguía vagando solo, oprimido por un cierto temor de regresar á su casa, á su hogar, al que un canalla había llevado la desgracia.

¿ Á qué desolarse?, pensaba sin embargo; ¿ á qué lamentarse tanto? En primer lugar no hay que lamentarse jamás; hay que ser vencedor, ó parecerlo. Los hombres en su sociedad, como los animales en sus manadas, abandonan á los heridos.

; Su desventura ; Y bien, ¿ qué ? Un *suceso del día*, que ocupó un instante á París. Cada cual tiene sus heridas ; y el gladiador moderno, inteligente, sonríe, a un cuando la suya sea mortal.

El hermano suscita la envidia ; el desgraciado debe contar con el sarcasmo y no con la piedad. Hay que morir, ante las burlas, con el valor y el desprecio en los labios, con el orgullo en los ojos levantados á las estrellas.

¿ Las estrellas ?

Una dorada multitud fulguraba sobre su cabeza, multitud impasible é indiferente que, al tropezar con las fachadas de las casas, desaparecía. ¿ Algunas horas de reposo, de armisticio ? No. Están las comedias y los dramas de alcoba, los placeres mil veces buscados y siempre engañosos, la batalla al desnudo ; algunas horas de gozar, de dormir, de soñar...

... y París recobrará su bullicio.

Vendrá otro día, y con él la misma refriega, el triunfo de los unos, la caída de los otros, los trabajos forzados sin esperanza para casi nadie, la carrera á caza del amor, del dinero, de los placeres, del poder ; del dinero, móvil de todo : móvil de la bondad, de la injusticia, del heroísmo, de la infa-

mia, de las bellas acciones, de los vicios, del bien, del mal, de lo que fuese, en fin.

Y, bajo el sol, indiferente á todo, continuará la vida.

FIN